

El sueño americano

El rascacielos supuso la materialización más exacta del "sueño americano", vaga alusión a un conjunto de ideas contradictorias y frustraciones, que ha movido a los europeos de este siglo. Seguramente no ha sido casual que sus propuestas más radicales no se hayan llegado a construir. En éste sentido, las u-topías de Loos (1922) y de Wrigth (1957) para Chicago, paradigma del conflicto entre ciudad y rascacielos, tenían clara vocación de propuesta irrealizable en un contexto cultural definido. Amparados en

la ironía o en el sueño del más allá, nos siguen pareciendo, al menos, admirables en su coherencia formal.

Las últimas páginas del ensayo de Tafuri* que publicamos como "texto recuperado", nos sirven como ejemplo de análisis lúcido, claramente vigente, sobre la topía americana y su más acabado producto, el rascacielos, ya internacionalizado.

M.A.B.

TEXTOS RECUPERADOS

La montaña desencantada*

Manfredo Tafuri

Los recientes episodios de las ciudades americanas, en efecto, y en particular de la, definida por Gottmann, Megalópolis atlántica, parecen confirmar la "necesidad", para la fase actual del desarrollo capitalista, de las ambigüedades reprochadas por Mumford a Adams. Ciertamente, ahora, los centros terciarios, lugares de producción, zonas residenciales, estructuras industriales constituyen en el territorio de la faja atlántica un "sistema", pero nada o casi nada del regionalismo e de la política keynesiana ha pasado a la gestión capitalista del territorio y de la construcción. La duda entre descentralización y concentración no es por lo tanto prerrogativa del Regional Plan of New York: no hay ninguna hipótesis exclusiva capaz de dominar en un sistema que se autorregula sin planes. a la descentralización residencial y de las sedes ejecutivas, corresponden la intensificación de las concentraciones direccionales y tendencias a la reconcentración residencial: no es causal que las operaciones relacionadas con el World Trade Center y las de la que será la Battery Park City se presenten estrechamente integradas entre sí.

En este sentido, el modelo del Rockefeller Center - del multiblock skyscraper-, en el que se han apoyado tantas esperanzas de la urbanística americana entre los años 40 y 50, no ha constituido una ruptura a la que poder referirse para una progresiva reestructuración de la ciudad, sino que ha contribuido a evidenciar el significado antiutópico de toda realización americana proyectada a escala urbana. Operaciones como Battery Park City o el Embarcadero Center de San Francisco pueden considerarse, así, como las legítimas herederas de la lección del Rockefeller: el territorio urbanizado rechaza todo tipo de utopía, relegando a museos "a escala comunitaria" cualquier intento de devolver el encanto perdido a una "aventura" urbana que no es más que la imagen de los necesarios desequilibrios del desarrollo capitalista.

Pero, llegados a este punto, empieza a verificarse un fenómeno paradójico. Al fracaso del multiblock Skyscraper corresponde, a partir de los años Sesenta, la introducción en las ciudades americanas de super-rascacielos como el mismo World Trade Center (WTC) o el John Hancock Building de Chicago. No existe ninguna revisión tecnológica ni ninguna lógica urbanística bajo estas operaciones. Es más: una correcta crítica tecnológica puede demostrar lo absolutamente ilógico de las estructuras en forma de cruz del John Hancock o de las exasperadas dimensiones de WTC. Las dos surrealistas torres que señalan la punta de Manhattan o la pirámide truncada del super-rascacielos de Chicago no son más que signos vacíos, intentos de comunicar únicamente su surrealista presencia.

Todo puede ser sacrificado a la metafísica de la cantidad, por ellos encarnada: economía de instalaciones, lógica tecnológica, lógica urbanística. El John Hancock y el Wtc parecen querer repetir -a una nueva escala- la operación que había sido realizada en 1901 con el Flatiron Building, en 1913 con el Woolworth Building, en 1930 con el Empire State Building: el rascacielos como acontecimiento único, multiplicado en altura para alcanzar, por sí sólo, un control formal sobre la skyline urbana, dispuesto a dominar, con sus dimensiones, la selva innatural de la metrópolis.

El círculo se cierra. El Flatiron enunciaba, con todos los instrumentos formales a su disposición, su profunda adecuación a las leyes tendenciales del crecimiento urbano; el Woolworth se disparaba hacia arriba con una ley telescópica coherente con su situación urbanística; el Empire State podía justificar su altura con la función pionera por él desarrollada en la Midtown de Manhattan. Entre rascacielos y metrópoli, la imaginación popular podía, al menos hasta los años Cuarenta, leer una integración, a pesar de las polémicas de la cultura progresista. No es casual que el director de King Kong hiciera morir su gorila en la cima del Empire State: la civilización tecnológica vence al irracional sentimentalismo del "buen salvaje".

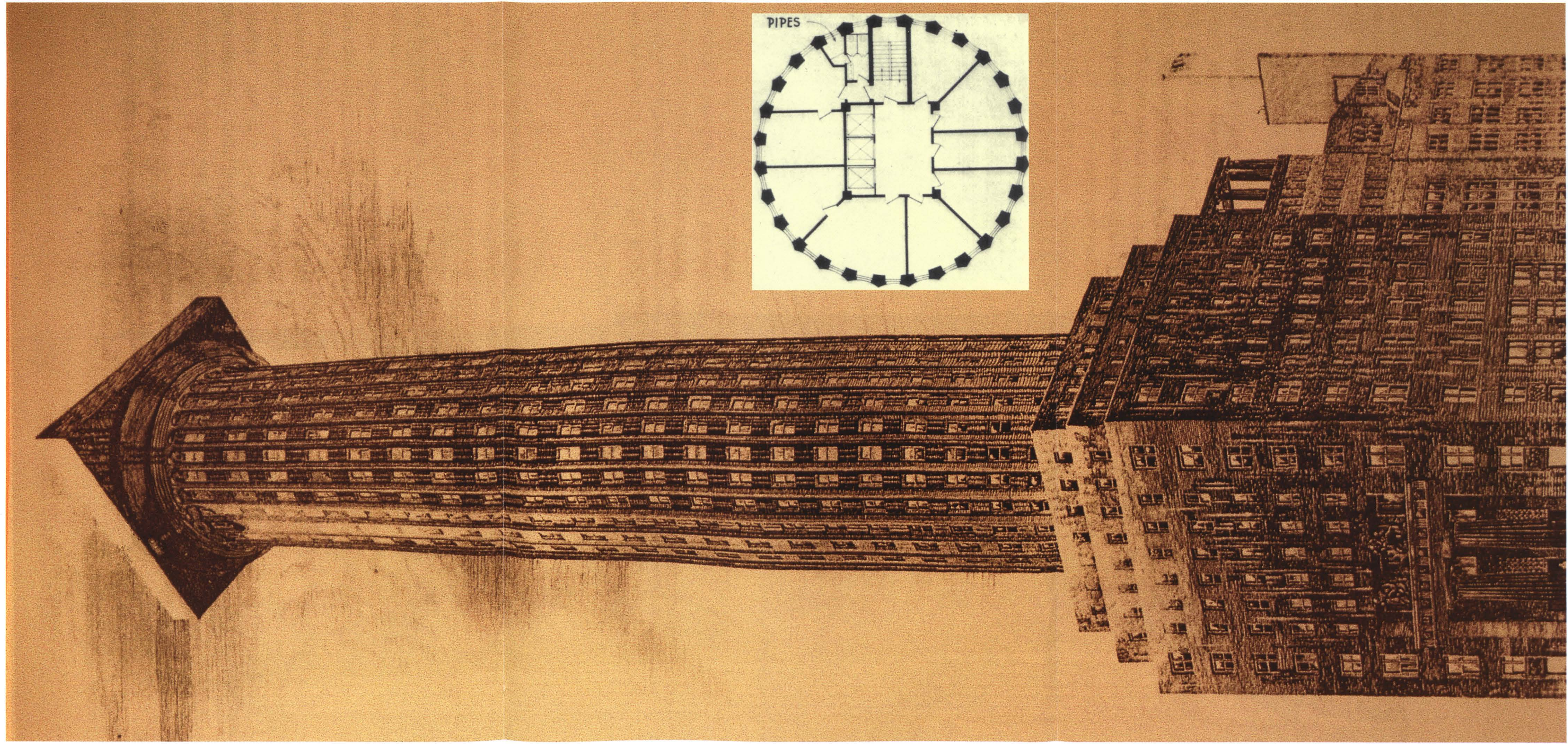
Pero, con el WTC, el John Hancock y los demás super-rascacielos proyectados en Chicago y San Francisco, la relación rascacielos-ciudad queda definitivamente rota. El rascacielos de una milla de altura de Frank Lloyd Wright tenía una lógica interna propia. Al condensar en sí mismo toda una ciudad, se colocaba coherentemente en la ideal pradera usoniana. Pero los nuevos super-rascacielos no están en el desierto, sino en el interior de la ciudad; aunque rechacen ser parte de ella. Mucho más que el Rockefeller Center son "cities within the cities": se puede residir, trabajar, llevar vida de relación en el John Hancock sin salir jamás de esta gigantesca máquina antiurbana.

Porque ésta es, a pesar del intento de dar vida a símbolos visualmente elocuentes de la dinámica metropolitana, la substancia de estos experimentos: las skylines no quedan perturbadas por emergencias urbanas sino por paradojas antiurbanas, por artificiosas "fábulas" tecnológicas. Las leyes de crecimiento de la City americana están, aquí, subvertidas. Las intervenciones insertas en las disponibles mallas bidimensionales de la ciudad tiende a negar a la propia ciudad, en un esfuerzo desesperado por escapar de sus irracionalidades. Hemos dicho que, con el John Hancock y el Wtc, el rascacielos vuelve a constituir un momento excépcional, que encierra en sí la paradoja de la metrópolis. Pero se trata de acontecimientos que señalan, con su pretensión de conseguir valores de totalidad, la angustia que hermana intelectuales y businessmen: la angustia de quien se ve impotente para controlar, con su envejecido instrumental, la hermética ruta de la indómita Ballena Blanca.

* Tafuri, Manfredo.: "La montaña desencantada". en Ciucci, Dal Co, Manieri Elia, Tafuri.: "La ciudad americana". G. Gili. Barcelona, 1975.

LA COLUMNA "CHICAGO TRIBUNE"

ADOLF LOOS (1922)



EL "ILLINOIS" DE UNA MILLA DE ALTURA

FRANK LLOYD WRIGHT (1956)

